

BIBLIOTECA SELECTA

Un ministerio de animales



20

Ramón Sopena

Provença 95
BARCELONA



00040637

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

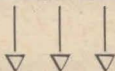
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona 25 de Febrero de 1918
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

FOR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA

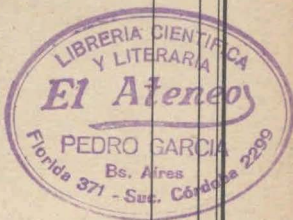


X

MIGUEL MEDINA

UN MINISTERIO DE ANIMALES

29.128



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93-97

1931



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

UN MINISTERIO DE ANIMALES

CAPÍTULO PRIMERO

EN EL QUE SE CUENTA CÓMO ANDABA
LA POLÍTICA EN ANIMALIA

Aquella mañana había salido *La Osa Mayor*, el gran periódico de Nuevo Ronzal, capital del populoso Estado de Animalia, con un artículo que ponía de punta hasta la lana de las ovejas merinas. La situación política no podía ser más terrible. La revolución social y el caos eran cosas previstas. Los bueyes de labor se habían declarado en huelga; estaban en huelga las numerosas colmenas de abejas; de los caballos no hay que decir; con su ligereza habitual habían decidido no ponerse el bocado hasta derrumbar el ré-

gimen a coces, si era preciso ; los asnos se negaban a trabajar y pasaban el tiempo rebuznando estrepitosamente pidiendo menos palos y más paja. Hasta los inofensivos caracoles sólo sacaban los cuernos al sol para protestar contra aquel estado de cosas y amenazar con el eterno abandono de la vivienda que cada cual llevaba auestas por puro amor al hogar doméstico. Las arañas habían dejado de tejer sedosas telas, las vacas ya no daban leche, y las gallinas, mas bien por miedo a los sucesos que se avecinaban que por espíritu revolucionario, se habían encerrado en sus gallineros con la firme resolución de no poner más huevos mientras no estuviese todo tranquilo.

Todos los habitantes de Animalia se habían emancipado del dominio del hombre precisamente por vivir a sus anchas, y veían con ira que la libertad de que disfrutaban les salía muy cara.

—Todo esto ocurre porque estamos desgobernados. Aquí todos mandan y ninguno obedece—decía un sesudo elefante, hablando con un respetable buey no menos sesudo.

—Sí, señor ; estoy de acuerdo con usted —repuso el buey respetable— ; para que esto entre en caja es preciso que tengamos un buen Gobierno, un Gobierno que pinche donde duela y sepa poner el yugo bien atado, pero sin hacer demasiado daño. Y mire usted que se lo dice un buey experimentado, pues aunque me esté mal el decirlo, yo me he visto uncido durante muchos años a una pesada carreta y he sabido llevar alta la cerviz, porque mi boyero era un excelente padre de familia que sólo me pinchaba cuando era necesario. El buen orden requiere energía en el mando. Si yo topara...

—No tope usted, amigo mío, que estoy yo delante—replicó el elefante con viveza.

—Hablo metafóricamente, señor Elefante. ¡ Dios me libre de hacer daño a nadie !

—Pues, siendo así, abundo en sus ideas. Un buen Gobierno, sí, señor ; un buen Gobierno es lo que nos está haciendo falta y hemos de conseguir tenerlo. Mi olfato es tan largo como mis narices en cosas de política y sé muy bien qué personas podrían encargarse del ministerio. En fin,

de eso hablaremos más detenidamente en el Círculo.

—¿En qué Círculo?—preguntó el buey, que estaba siempre muy atrasado de noticias.

—¡Ah! ¡pero no lo sabe usted? Varios personajes de talla y peso como yo, entre los que figuran don Hipopótamo, don Rinoceronte, doña Jirafa...

—¿Doña Jirafa?... ¡Qué me cuenta usted! ¡Las señoras metidas en política!

—¿Y por qué no? Las damas tienen tanto talento como los hombres, y algunas mucho más.

—Bueno, conformes; pero, como yo soy solterón, no sé nada de eso. Siga usted...

—Bien: pues, como le iba diciendo, hemos formado un Círculo llamado de la Coalición republicano-socialista-liberal-conservadora-carlista-pancista...

—Perdone usted, señor Elefante, ¡no le parece algo largo el título? Yo no podría repetirlo sin tomar aliento.

—En efecto, pero nos ha obligado a ello la diversidad de fracciones políticas que han participado en su constitución. Sin embargo, eso tiene poca importancia, por-

que el título se irá acortando a medida que se vayan tirando los trastos a la cabeza los diversos grupos que lo integran.

—¡ Caray, señor Elefante; está usted hecho un parlamentario !

—Siempre ha sido mi debilidad la política... Ahora estamos eligiendo señores ministrables. Vaya usted por allí y tomará parte en las deliberaciones... Todavía no tenemos local propio, pero hemos alquilado un gran corral donde tiene sus pocilgas la respetable familia de don Marrano.

—¿ Quién ? ¿ aquel señor tan rechoncho que siempre estaba gruñendo cuando íbamos a beber agua al río ? Pues no sé cómo pueden ustedes aguantarlo, porque, además de ser un perfecto puerco, es un ambicioso que no se ve harto de comer y echar tripa. ¡ El mejor día revienta !

—Déjese de tonterías ; si revienta, que reviente, pero por el pronto que nos sirva. No nos cobra nada por el alquiler del local.

—Sus miras se llevará...

—¡ Ca ! ¡ si es muy modesto ! Lo único que nos ha pedido es que cuando consti-

tuyamos Gobierno le demos autorización para comerse todas las bellotas que quiera del Monte de las Encinas, y eso, como usted comprenderá, no puede irrogarnos gran perjuicio. Por muchas bellotas que coman él y su familia, siempre han de sobrar.

—Se las comerán todas, hasta los árboles, porque la familia se compone de ciento, su madre y sus abuelas.

—Bueno, bueno, don Buey ; vaya usted por el Círculo y charlaremos un rato. ¡ Adiós !

CAPÍTULO II

EL CÍRCULO POLÍTICO

Despertada la curiosidad de don Buey por las noticias políticas que le había dado don Elefante, se levantó al día siguiente muy temprano, sin trabajo ninguno, porque como buen paleta estaba acostumbrado a levantarse antes de salir el sol, y dirigió sus lentos pasos al Círculo establecido en casa, es decir, en el corral de don

Marrano. Como es natural, dado lo temprano de la hora, cuando llegó no había allí más que cuatro gatos, cuatro gatos que habían madrugado, porque habían pasado la noche corriendo por los tejados y no se habían acostado, y no acostándose, se madruga mucho.

Los demás personajes políticos no habían llegado todavía, cosa bastante rara en el reino de Animalia, porque sus ciudadanos son extremados en todo : el que vive de día se levanta muy temprano y el que vive de noche no se levanta aunque le aspen mientras luce el sol. Pero las preocupaciones que trae consigo la política son tan hondas, que se acuesta uno preocupado y no hay medio de conciliar el sueño.

Don Buey no tuvo más remedio, so pena de aburrirse como una ostra, que trabar conversación con los cuatro gatos, quienes al pronto le acogieron con unos cuantos bufidos, pero luego escondieron las uñas y se mostraron amables.

El más viejo de todos se llamaba Marraquiz y el más joven don Minino. Los otros dos eran populares como cazadores :

donde ponían el ojo ponían la zarpa, y no se les escapaba una pieza, ya fuese pájaro, ya fuese ratón. Uno de estos grandes cazadores se llamaba Fu-Fu, por ser oriundo de la propia China, y tenía en su casa un precioso museo de ratones disecados en el que figuraban ratones campesinos, ratones caseros, y ratones de mil especies diferentes. Era un gato muy serio, aficionado al estudio y gastaba grandes gafas redondas.

El otro gato se llamaba Ben-Aqui-El-Ratón y era hijo de padres moros, pero todos los gatos estaban nacionalizados en Animalia y su partido político no tenía más bandera, ni más programa que el de «Muerte al ratón y zarpazo al pájaro». En lo demás eran completamente neutrales, porque consideraban muy razonablemente que el declarar la guerra a los elefantes hubiera sido en ellos una perfecta majadería. Ni sus uñas ni sus dientes podían con los paquidermos.

Don Buey no tenía ganas de conversar con aquella gentecilla tan nerviosa, ni los gatos encontraban materia que discutir con don Buey, y por lo tanto éste se puso

a rumiar pacíficamente el heno que había tomado para desayunar y los gatos se pu-



Era un gato muy serio, aficionado al estudio y gastaba grandes gafas redondas. (Pág. 12.)

sieron a acicalarse para estar guapos cuando llegasen los retrasados contertulios.

El primero en llegar fué don Conejo, el cual empinó las orejas al ver a los gatos, porque tales socios no le hacían gracia, pero la política es la política y obliga a hacer de tripas corazón y a codearse con individuos de calaña poco simpática. Para no hablar con ellos, don Conejo se sacudió un poco la levita que se le había llenado de polvo en el camino, sacó un periódico y se puso a leer las últimas noticias de la guerra europea, aunque no le interesaban gran cosa.

Casi en seguida llegó don Perro, muy orondo con un traje de gabardina, de elegante corte; luego llegó don Gallo, muy airoso con su uniforme de coronel y un gran sable, y finalmente, para evitar descripciones pesadas, se llenó el Círculo, en el que se destacaban las grandes figuras del país: don Elefante, don Búfalo, don Rinoceronte, don Gorila y otros muchos de cuyo talento y peculiaridades os iréis enterando a medida que leáis este verídico relato.



...sacó un periódico y se puso a leer las últimas noticias de la guerra europea.,,
(Pág. 14.)

CAPÍTULO III

EL NUEVO GOBIERNO

La animación era extraordinaria. Todos los presentes querían hablar a un

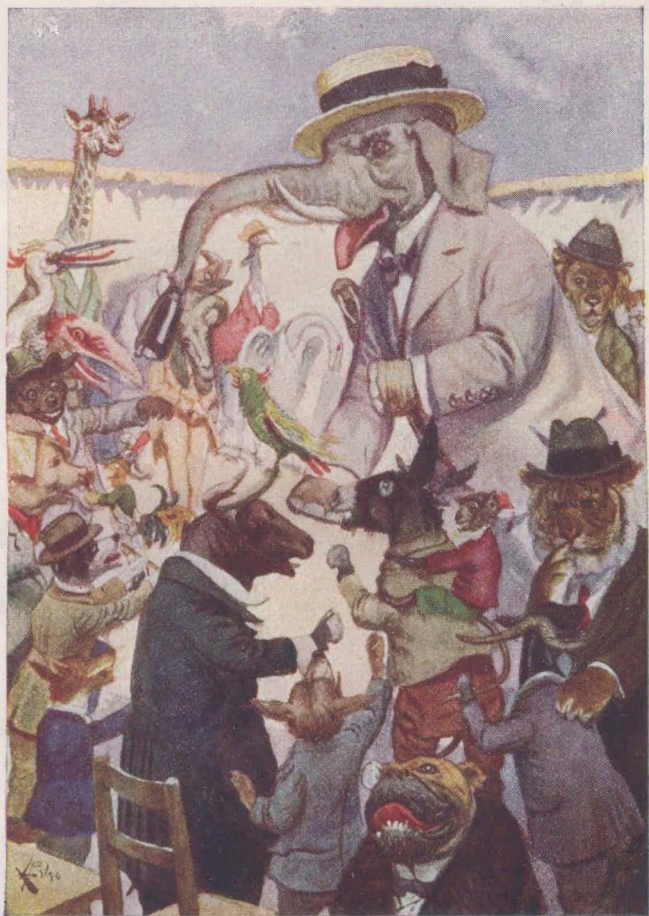
tiempo y aquello parecía una casa de locos, hasta que don Elefante pidió prestado el cencerro que siempre llevaba don Buey pendiente del cuello e impuso silencio a cencerrazos. También tuvo que repartir algunos trompazos entre los más revoltosos, los cuales se quedaron quietos ante tan poderosas razones.

Tranquilizado el cotarro, se constituyó la mesa presidencial, nombrándose presidente ¿cómo no? a don Elefante por ser sujeto de representación física. Su corpulencia y su seriedad eran grandes cualidades para ocupar presidencias fuera de lo que fuese, aunque interiormente don Elefante era un pobre infeliz que no entendía de nada.

De secretarios actuaron don Gorila y don Buey, y ya dispuesto todo se abrió la sesión y surgió el primer conflicto. Todos querían hablar y no había medio de entenderse.

—Propongo que se echen porras—dijo don Lobo—. Aquel a quien le toque la porra será quien hable primero.

—Eso es una tontería, y perdone que se lo diga—objetó don Asno—, porque *semos*



...hasta que don Elefante pidió prestado el cencerro que siempre llevaba don Buey pendiente del cuello... (Pág. 16.)
MINISTERIO.—2

muchos, y además, eso de echar porras es cosa de criaturas e indigno de todo lugar donde *haiga* personas serias.

—No se dice *semos* ni se dice *haiga*: se dice *somos* y *haya*—objetó don Caballo, que era individuo bastante ilustrado.

—¿No me ha entendido usted?—replicó don Asno, algo picado por la interrupción.

—Sí, señor, pero reconozca usted que eso es faltar al idioma.

—El idioma—replicó el tozudo Asno—es para entenderse, y si usted me ha entendido, lo mismo da *haiga* que *haya* y *semos* que *somos*.

—Lo que *semos*, digo lo que *somos*, es un atajo de tontos que perdemos el tiempo en tales nimiedades. Aquí hemos venido a formar Gobierno y no a discutir cuestiones gramaticales.

—En vista de su modernismo en gramática y en pedagogía—dijo don Mono, que era muy entrometido—, propongo que se le dé a don Asno la cartera de Instrucción pública. Será un buen ministro que hará reformas de importancia en la enseñanza.

—¡Que se la den!—gritó don Perro—.

Porque además de entender mucho de esas cosas, es muy amigo mío.

—Pues ante las poderosas razones aducidas por nuestro correligionario don Perro, esta presidencia propone a la asamblea que se adjudique la cartera de Instrucción pública a don Asno y que se le dé un pienso de honor.

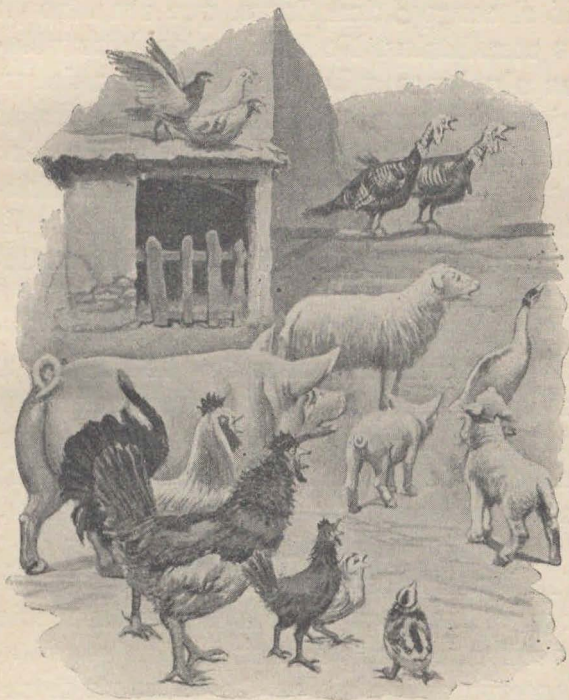
—¡Acordado! ¡Acordado!

Y don Asno quedó nombrado ministro.

Encarrilada ya la discusión se deliberó sobre la adjudicación de la cartera de Guerra y, finalmente, se encargó de ella don Gallo, vencedor en cien riñas gallísticas, poseedor de grandes dotes de mando, como lo demostraba su dilatada existencia al frente de numerosos gallineros, y además por su tipo marcial y su pequeña estatura, pues según don Loro, que era muy viejo y estaba muy al tanto de la Historia Universal, los grandes caudillos de la historia habían sido hombres de menguada estatura, pero de gran energía, como Napoleón, por ejemplo.

La cartera de Hacienda fué objeto de enconada discusión, porque todos se las daban de entender en la materia. Doña

Hormiga adujo su probada previsión y la buena administración de sus hormigue-ros, pero se desechó la candidatura en



...poca honradez de un sujeto que como el Zorro se dedicaba al robo de gallinas,, (Pág. 20.)

atención a su pequeñez, pues como dijo muy acertadamente don Toro, la podía pi-

sar cualquiera de los empleados del ministerio y se produciría un conflicto y una crisis por fallecimiento, por lo cual se le dió el cargo a don Zorro, que era otro de los candidatos. No faltó quien hizo veladas alusiones a la poca honradez de un sujeto que como el Zorro se dedicaba al robo de gallinas, pero la mayoría no hizo caso de la observación y algunos consideraron la cualidad como recomendable, diciendo que así sería más difícil que se dejase robar.

Para ministro de Marina se nombró a uno de los cuatro *gatos de que hablamos* anteriormente. Algunos impertinentes se opusieron diciendo que no podía ser buen ministro de Marina un animal que tenía horror al agua, pero no se les hizo caso. De Gracia y Justicia se hizo cargo don Mono, porque tenía mucha gracia hablando y en cuanto a justicia estaba dispuesto a perdonar a todo el mundo y así se evitarían errores judiciales. De Fomento se encargó don Topo, por su arte en hacer túneles. De Estado, don Loro, en atención a su facilidad para aprender idiomas, y de Gobernación se encargó don Lirón, famo-

so por lo mucho que le gustaba dormir. Inútil es añadir que de la presidencia de es-



...lo componían animales de muy distinto pelo y de muy distintas hechuras. (Pág. 22.)

te famoso ministerio se encargó el propio don Elefante, por lo decorativo que era y por lo majestuoso de su figura.

De esta suerte resultó un Gobierno completamente heterogéneo, pero de grandes esperanzas para el país, porque en él estaban representadas todas las tendencias de la época y lo componían animales de muy distinto pelo y de muy distintas hechuras.

CAPÍTULO IV

EL PRIMER CONSEJO DE MINISTROS

Al terminar aquella magna asamblea en la que quedó formado un ministerio que ofrecía grandes garantías de acierto, según los periódicos del país, los nuevos ministros se reunieron en consejo en el propio corral de don Marrano.

Como no había mesa, pusieron boca abajo una gamella y se sentaron alrededor los miembros del Gobierno.

Ya creían que iban a dejarlos solos, cuando se presentó un nutrido grupo de águilas y de lince, *reporters* de los periódicos del país, armados de máquinas fotográficas y cinematográficas y comenzaron a hacer fotografías por centenares.

Era, en verdad, curioso el aspecto que

ofrecía aquella mesa y los que la rodeaban, porque no siempre se ven juntos un elefante, un lirón, un gallo, un mono, un gato, un asno, un topo, un loro y un zorro, todos ellos ministros.

Los mismos periodistas comentaban el caso, diciendo que aquel Gobierno no podía durar mucho por la diversidad de tendencias de cada uno de sus representantes.

Don Zorro tenía muchas ganas de meter mano a don Loro, porque, en fin de cuentas, era un avechucho verde que le había asestado más de un picotazo y que, en cuanto a carne, podía suplir a la de una gallina, aunque se asegura que la carne de loro es algo correosa, pero don Zorro se atenía al refrán según el cual *toda ave que vuela debe ir a la cazuela*.

A don Topo le molestaba mucho la luz y quería que los consejos se celebrasen en un túnel. Don Gato y don Gallo se miraban con desconfianza, y así, unos por otros, el consejo de ministros no estaba de acuerdo ni en conjunto ni individualmente.

Hechas las fotografías para la prensa

ilustrada tras de una laboriosa preparación, porque el bueno de don Elefante tapaba a todos con su corpulencia, se quedaron solos los ministros y el presidente pronunció un discurso con voz nasal y tan campanuda que daba miedo oírlo.

He aquí lo que dijo :

—¡ Ah, señores ! La suprema asamblea de la nación ha tenido el gusto de nombrarnos sus ministros y hemos de hacer toda especie de esfuerzos para satisfacer las ansias de nuestros conciudadanos. ¡ Ah, señores ! Desde este momento no titubearé en sacrificar por el bien del país hasta mi trompa, y eso que con ella hue-lo, con ella como, y con ella bebo. ¡ Ah, señores ! En esta mi gran mollera abrigo grandes proyectos, tan grandes por lo menos como yo mismo, pero soy modesto y me los reservo. ¡ Ah, señores ! ¡ A...chis ! (El pobre don Elefante se había constipado.) Que hable el señor ministro de la Gobernación.

Pero, ¡ qué había de hablar el buenazo de don Lirón si estaba más dormido que todos los de su especie ! Don Lirón roncaba como un bendito.

—Nuestro querido compañero está meditando—dijo don Elefante, tratando de disimular—y no conviene interrumpirle. Tiene la palabra el señor ministro de Fomento.

—Entiendo yo—dijo don Topo, tomando la palabra concedida—que esto del fomento requiere seria meditación. Por lo pronto, lo que conviene es declarar obligatorio que todo el mundo viva bajo tierra en túneles espaciosos. Es una vida cómoda y evita el trabajo de levantar casas y sobre todo no hay que pagar al casero.

—No pasaré yo por eso—interrumpió el ministro de Hacienda don Zorro—. ¡Bien marcharía el país si todos los animales viviesen como este pobre señor metidos en un túnel! ¿Qué comeríamos los zorros? ¡Moscas! ¡Me parece a mí que este ministro es más topo que su padre! Yo me propongo que todo el mundo tenga corral con muchas gallinas, porque así podré imponer una contribución de grandes rendimientos para la Hacienda pública y cuando sea menester podré comerme una gallina. Porque habiendo gallinas...

—¡Ki-ki-ri-kí!—protestó airado, el mi-

nistro de la Guerra don Gallo—. ¡ Buena panza echarías si saliese adelante tu proyecto, ¡ ladrón de corrales ! Pero yo te advierto que entre los armamentos nuevos que voy a implantar figuran cien baterías de cepos para acabar con todos los zorros de este mundo, sean o no ministros.

—Ese armamento que propone don Gallo es absurdo, porque pueden caer gatos, y yo, antes que ministro de Marina, soy defensor de mis congéneres. ¡ Gurrumiau !

—Olvidáis que estoy aquí y que como ministro de Gracia y Justicia no puedo tolerar que se profieran amenazas ni insultos—terció don Mono muy posesionado de su papel.

—¡ Corre, corre ! ¡ Lorito real ! ¡ A la escuela, a la escuela !

—Pero, ¿ qué dice este ministro ? ¿ Se habrá vuelto loco ?—exclamó don Asno, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía, al oír las exclamaciones del ministro de Estado.

—¡ Es la fuerza de la costumbre !—explicó don Loro—. Estoy tan habituado a repetir siempre las mismas cosas, que sin querer las repito. Quería decir que don

Mono no tiene maldita la gracia y que aquí no nos hace falta su justicia, porque es justicia...

—Que no sabe usted lo que se dice, en cuanto quiere usted hablar por su cuenta, ¿verdad, querido don Loro?... Cállese, pues, y diga lo que le enseñen a decir—rebuznó don Asno, que como personaje sedudo no podía tolerar que se perdiese el tiempo en digresiones.

—Usted no es sino un asno elevado por la suerte a los consejos del país—gritó el Loro.

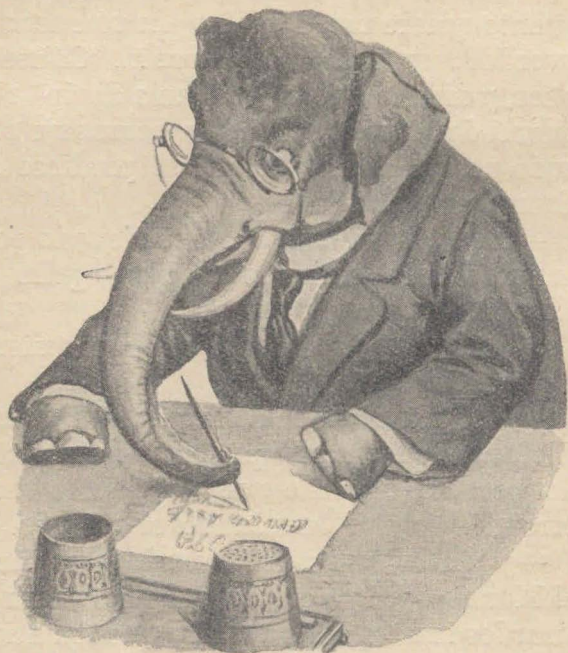
—Y usted es un fonógrafo, o si se quiere un gramófono.

—Ha terminado la discusión—dijo don Elefante con voz campanuda—. En vista del perfecto acuerdo que reina entre nosotros, se da por terminado el consejo.

—¿Que estamos de acuerdo?—replicó el Mono—. ¡Si yo creía que nos íbamos a tirar los trastos a la cabeza y que iba a sobrevenir una crisis total!

—Nada de eso : bien se ve que es usted nuevo en política. El acuerdo es unánime y ahora mismo vamos a redactar la nota oficiosa para que la inserte la prensa.

Y el propio don Elefante redactó la siguiente nota de su trompa y letra. (Decimos de su trompa y no de su mano, por-



que don Elefante lo hacía todo con el apéndice nasal.)

«El Consejo ha deliberado sobre los asuntos que más interesan al país, y ha-

llándose perfectamente de acuerdo ha dispuesto subirse el sueldo y darse un banquete a la salud de Animalia y a costa del país. A este beneficioso acuerdo seguirán otras leyes dignas del mundo animal al cual tenemos la honra de pertenecer.»

CAPITULO V

LAS ELECCIONES

Apenas hubo tomado posesión de su ministerio don Topo, se dispuso a ocuparse de las elecciones. Había que formar unas Cortes y para que hubiera Cortes hacían falta diputados y senadores, pero don Topo se las prometía felices. Creía que eso de las elecciones era cosa sencilla y que podría echar muy buenos sueños en su poltrona, pero se llevó chasco, porque desde el primer día fué un jubileo su despacho. Afluían animales de todas las especies pretendiendo figurar como candidatos de tal o cual distrito y todos se creían con el más absoluto derecho a ser elegidos.

A los tres días de este trajín estaba don Topo más flaco que un estoque porque no lograba conciliar el sueño más de tres minutos seguidos y esto era la muerte para el que estaba habituado a dormir toda la noche y la mayor parte del día.

Con tal de que le dejasen en paz decía que sí a todo lo que le pedían, y cuando menos lo esperaba surgió el conflicto.

Había solicitado el acta de Pesebrera un perro muy zascandil, y el pobre de don Lirón, que en el momento de la visita del perro se hallaba medio muerto de sueño, le había dicho que antes dejaría de ser ministro que permitir que le quitase el acta otro candidato. El perro se había marchado loco de contento ladrando como un descosido y don Lirón habíase quedado satisfechísimo pensando: «Vamos a ver si echamos un sueñecito». ¡Pero que si quieres! Apenas se había dormido entró a verle un mulo bastante bruto, aunque correctamente vestido, y le pidió el distrito de Pesebrera. Don Lirón, que como todos los dormilones tenía la fatalidad de no acordarse de nada, le prometió solemnemente no concedérselo a nadie, y el mulo

se marchó declarando en alta voz que no había mejor ministro de la Gobernación que aquel devoto de Morfeo que se senta-



...se indignaron y entraron en tropel en el despacho del ministro... (Pág. 32.)

ba en la poltrona ministerial. Mas aun no habrían transcurrido quince minutos

cuando llegó un torete que empezaba a bullir en la política, con igual pretensión exactamente que los dos anteriores visitantes, y también a éste le otorgó don Lirón lo que pedía. La escena se repitió siete veces seguidas con distintos personajes y así el distrito de Pesebrera tenía siete candidatos : un perro, un mulo, un toro, un tigre, un avestruz, un lobo y un cerdo, y a todos les había prometido don Lirón que no tendrían contrincante en las elecciones...

Pero cuando cada uno de los siete se enteró de que tenía nada menos que seis rivales, se indignaron y entraron en tropel en el despacho del ministro y le armaron una zalagarda de la que escapó don Lirón gracias a la pequeñez de su cuerpo, que le permitió escabullirse hasta el despacho del subsecretario, que era un león de muy malas pulgas.

El perro ladraba, el mulo tiraba coces, el torete daba cornadas a diestro y siniestro, el tigre bufaba, el avestruz pegaba terribles picotazos al aire, el lobo aullaba y enseñaba los dientes y el cerdo gruñía sordamente, y todos gritaban : «¡ Hemos sido



...don León, que con su autoridad indiscutible, y sobre todo con su fama de mal genio, echó a los candidatos con cajas destempladas. (Pág. 33.)

engañados! ; Que nos den la cabeza del señor ministro!»

Mal lo hubiera pasado don Lirón, si no hubiera sido por el subsecretario, don León, que con su autoridad indiscutible, y sobre todo con su fama de mal genio, echó a los candidatos con cajas detempladas.

El que salió perdiendo fué el portero mayor del ministerio, un buho muy serio-te que recibía a todo el mundo como si fuera a pedirle algo a él, y que era más déspota que los directores generales.

Este portero acudió al oír el estrépito y quiso ponerse grave con los escandalosos, pero el avestruz le pegó un picotazo que le quitó hasta las ganas de ser portero.

Mas no por eso creáis que se despabiló el dormilón ministro. Cada día y a cada momento suscitaba un conflicto con los candidatos, y de tropezón en tropezón llegó el día de las elecciones que fué memorable.

En Ratonera, distrito donde predominaba el elemento ratonil, se presentaban trescandidatos : Don Ratón, que era el que más probabilidades tenía de salir diputado, por ser hijo del país y de la casta de la

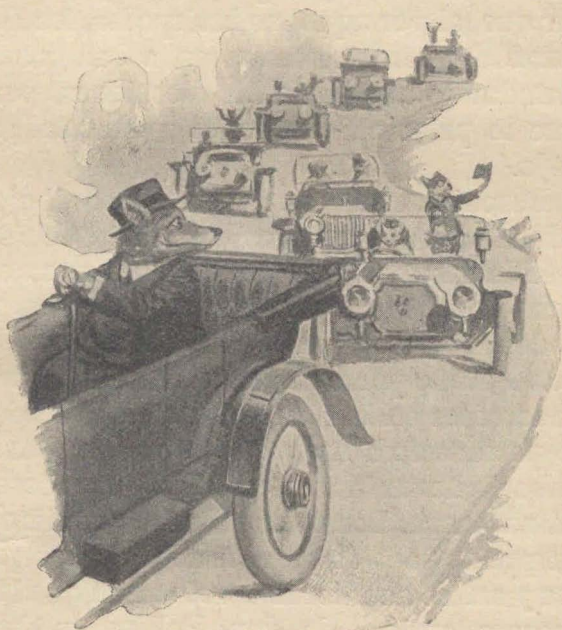
mayoría de los electores ; don Zorro, que disfrutaba de muy pocas simpatías, y sólo le trataban unos cuantos gallos fingiendo-



...pero el avestruz le pegó un picotazo que le quitó hasta las ganas de ser portero. (Pág. 33.)

le amistad para que no se les comiese las gallinas, y don Pollino, a quien no quería

nadie en toda la comarca. El partido ratonil estaba contentísimo y daba por seguro el triunfo de don Ratón, por el nutri-



...don Zorro, que se presentó muy tempranito en un automóvil... (Pág. 36.)

do cuerpo electoral que lo apoyaba, pero no contaba con el ingenio de don Zorro, que se presentó muy tempranito, antes de

que se abriesen los colegios electorales, en un automóvil, seguido de media docena más, llenos de gatos, amigos suyos, que venían en son de juerga, y no hay que decir que, al ver aquellos huéspedes, los del partido ratonil se retiraron a sus casas, mandando al cuerno las elecciones, porque lo principal era tener segura la pelleja.

Parecía, pues, que don Zorro iba a triunfar, y sus amigos comían y bebían satisfechísimos, pero no contaban con que poco después se presentaron otros huéspedes; treinta y siete sabuesos, amigos de don Pollino por haberle acompañado muchas veces en la caza, cuando el candidato pertenecía a un labriego que se encargaba de llevar la merienda a los cazadores en su burro. Los tales sabuesos pusieron en precipitada fuga a los regocijados gatos y así no acudieron a votar más que los escasos amigos de don Pollino, y éste triunfó fácilmente.

En Cabreriza ocurrió una cosa muy divertida. Presidía la mesa un respetable candidato de la oposición quien puso de interventores a dos cabras muy serias, que

al ver a última hora que iba a salir derrotado su representado se comieron en un tres por dos, y con muchísima seriedad, todas las papeletas, imposibilitando el escrutinio. Don Ganso protestó airado y las cabras le echaron a topetazos.

Casos como éste ocurrieron muchos, pero al fin hubo diputados y senadores, que era lo importante.

Las Cortes se reunirían en breve para legislar.

CAPITULO VI

UN MINISTRO REFORMISTA

En cuanto don Asno se vió al frente del ministerio de Instrucción pública quiso dejar huella de su paso, implantando notables reformas.

Nombró subsecretario del ministerio a un pingüino amigo suyo, y Director general de Primera enseñanza a un galápago de muchas conchas, pero de muy poco cacumen.

Lo primero que hizo don Asno fué reunir a todos los altos empleados del ministerio, que eran catorce jirafas de aven-



tajada estatura, como todas las jirafas, y enjaretarles el siguiente discurso :

—Haciendo un verdadero sacrificio por

la patria, he abandonado la noria de donde sacaba el sustento...

—Este ministro debe de ser una trucha y no un asno—murmuró una jirafa muy critica—Dice que sacaba el sustento de una noria, y las norias no dan más que agua. ¡Valiente pez!

—He abandonado la noria que me daba el sustento—continuó don Asno—por venir a ocupar este alto sitio en que me siento, sin más méritos que mi buena voluntad para el trabajo y mi paciencia, pues la paciencia de la familia de los asnos ha sido siempre proverbial. Sin embargo, quiero dejar huellas de mis cascos en este ministerio, y lo conseguiré, aunque contra mi costumbre tenga que echar las patas por alto y dar de coces al que se me oponga.

—¡Qué tonto!—murmuró la jirafa critica.

—Nos apartaremos un poco, por si acaso—añadió otra.

—Ministro como yo puede que mejor no le *haiga*.

—Haya—corrigió otra jirafa muy bien hablada.

—Haya o *haiga*, señora jirafa, le recomiendo que guarde silencio... Para dejar huella de mi paso voy a introducir grandes reformas en la enseñanza.

»En primer lugar, voy a fundar una cátedra de rebuzno en todas las Universidades, porque lo considero un idioma indispensable para que al concluir la carrera los alumnos y comenzar su lucha por la vida puedan entenderse con todos los asnos que hay en este mundo, que son innumerables. Precisamente mi casta es la que más extendida se halla por todo el planeta, y según me ha dicho mi entrañable amigo don Buho, astrónomo esclarecido, hay asnos hasta en la luna... Y a propósito de mi familia, quiero que sepan ustedes que se compone de varias ramas. El tronco principal lo constituímos los asnos propiamente dichos : luego están las ramas de los pollinos, de los burros, de los borricos, de los buches, pero todos somos los mismos : unos perfectísimos animales que por nuestra laboriosidad hemos merecido repetidas alabanzas de los hombres... Así, pues, la base de mi programa es ésta : ¡ Que rebuzne todo el mundo pa-

ra que todo el mundo se entienda! Es un lenguaje claro, preciso y sencillo... Pero volvamos a las reformas. Las clases serán nocturnas a fin de que los chicos no hagan novillos, porque de noche tendrán miedo al coco y no se atreverán a quedarse jugando en la calle. Los libros quedarán suprimidos en absoluto. El maestro rebuznará las lecciones y los alumnos las tomarán de oído. La Geografía astronómica será una de las asignaturas más importantes, porque conviene que los estudiantes conozcan bien la Osa Mayor, la Osa Menor, el Can, el Dragón, la Jirafa, el Lagarto, el Lince, el Caballo, los Peces, el Carnero, el Toro, el Cangrejo, el León, el Cisne, la Zorra, el Delfín, la Serpiente, el Unicornio, el Camaleón, el Ave del Paraíso, el Pavo Real, el Tucán, el Lobo, la Grulla y demás animales que, formando constelaciones, lucen en los espacios celestes.

»Como ven ustedes, estoy muy fuerte en Astronomía, gracias a las conferencias que me ha dado mi ya citado y entrañable amigo don Buho, astrónomo eminente.

»La Gramática quedará suprimida radicalmente. Para rebuznar no se necesita

saber gramática. Escuchad lo bien que rebuzno yo sin saber una palabra de Gramática.

Al decir esto el señor ministro de Ins-



trucción pública lanzó un sonoro y largo rebuzno que dejó asombrados a sus oyen-

tes, ignoramos si por lo perfecto de la ejecución o por lo extemporáneo de la demostración.

Las jirafas inclinaron su largo pescuezo en señal de asentimiento, pero la que antes hemos mencionado por su afición a criticarlo todo, dijo a la más próxima :

—¡ Me parece que don Asno está haciendo el burro !

—Eso es indiscutible—asintió su interlocutora— ; pero no hable usted fuerte, no vaya a oírla y nos deje cesantes por faltarle al respeto.

—La Aritmética huelga—continuó don Asno sin fijarse en las murmuraciones—. En este feliz reino en que vivimos tenemos todas las cuentas ajustadas, y el que no las tenga, ya se las ajustarán las autoridades. Finalmente, no quiero que en las escuelas se pegue a los alumnos. Del castigo se encargarán las pulgas. El profesor de cada colegio tendrá una caja llena de pulgas, y al discípulo que sea desobediente o desaplicado le echará cincuenta, ciento o doscientas pulgas, según la gravedad de la falta, para que tenga que rascar...

»Este es, a grandes rasgos, mi programa. Si alguno de ustedes considera que no puede llevarse a la práctica en todo o en alguna de sus partes que levante el dedo.

Las jirafas no estaban ni mucho menos conformes, pero el señor ministro había dicho que la que no lo estuviera levantase el dedo, y como ellas no tenían dedos, les parecía una descortesía levantar una puzña, porque las jirafas siempre se han distinguido por su cortesía y buena educación, y se limitaron a alargar el pescuezo, lo cual en su lenguaje mímico quiere decir *enteradas*, y no dijeron esta boca es mía, cosa que tomó don Asno por una muestra del asombro que les había causado su talento y la grandeza de sus ideas.

Y así terminó la primera reunión del ministro de Instrucción pública con los altos empleados de su ministerio.

CAPÍTULO VII

EL MINISTERIO DE LA GUERRA

Mientras los demás ministros laboraban incesantemente por el bien del país, tratando de convertirlo en un paraíso, el general don Gallo no se dormía en las pajas del gallinero. Como buen madrugador se presentaba en el ministerio antes de rayar el alba, con gran disgusto de los empleados que se acostaban tarde. En cambio, no había medio de convencerle para que asistiese a fiestas, banquetes ni reuniones nocturnas. Apenas comenzaba a ponerse el sol se metía en su gallinero, y ¡a dormir!, ateniéndose sin duda al dicho vulgar según el cual *a quien madruga Dios le ayuda*, y para madrugar hay que acostarse temprano.

Según había indicado en una de sus primeras reuniones, se ocupó en seguida de los nuevos armamentos y de la nueva organización del ejército.

Consideraba muy primitivo y muy salvaje batirse a picotazos, a espolonazos, a trompazos y a mordiscos, sistemas únicos de combate empleados hasta entonces en el reino de Animalia y en los imperios y repúblicas fronterizos.

Había que progresar con los tiempos y buscar armas modernas y sistemas de combate más civilizados, y por lo tanto más mortíferos. Porque don Gallo estaba convencido de dos cosas : de que la guerra debe ser lo más destructora posible para que se acabe pronto y de que para conseguir este fin hay que pegar fuerte.

—¡Ki-ki-ri-kí!—exclamaba hablando ante el consejo de generales del Estado Mayor Central—. Soy ardiente partidario de la guerra. ¿Qué es la vida sino una guerra perpetua?

El consejo de generales del Estado Mayor Central ofrecía, cuando estaba reunido, un aspecto bastante extraordinario por la diversidad de personajes que lo componían.

Veíase, por ejemplo, al general Elefantorro sentado junto al general Araña, al que todos miraban con recelo por ser des-

cendiente de aquel capitán Araña que, según dice todo el mundo, tenía la fea costumbre de embarcar a la gente y quedarse él en tierra. Tanto este general como el general Zumbón, valeroso abejorro caudillo de los ejércitos de abejas, se colocaban encima de la cabeza del general Elefantorro para ver mejor y para evitar que los aplastase el propio Elefantorro, porque tenía la costumbre de hablar agitando mucho la trompa y descargando violentos golpes a diestro y siniestro, por lo cual era peligroso hallarse cerca de él. El sitio más seguro era su cabeza, porque por grande que fuera la vehemencia de su discurso, jamás se le ocurría pegarse a sí mismo.

Otro de los generales, el más temido por su fama de sanguinario, era el general Hiena.

También formaba parte del consejo el general Cotorrón, famoso porque en cierta ocasión había puesto en precipitada fuga todo un ejército de canes con sólo repetirles durante un rato una tonadilla que cantaban sus tres divisiones de cotorras, loros y periquitos. Formado este ejército en orden de batalla comenzó a graznar:

¡Tra-la-lara-la! ¡Tra-la-lara-la! y este grito guerrero, lanzado con voces estri-



...cada uno de los cuales llevaba un vistoso uniforme con muchos entorchados... (Pág. 49.)

dentes y repetido una y otra vez por espacio de veinte minutos, fué demasiado para los sensibles oídos de los perros, los cuales comenzaron a aullar y concluyeron por



Muy de mañana, porque en los cuarteles se madruga mucho, comenzaron a salir las tropas... (Pág. 50.)

volver grupas y salir corriendo con el rabo entre piernas.

También formaba parte del consejo el general Cornúpeto, el general Bisonte, el general Tigrón, el general Pantero y el general Conejo, cada uno de los cuales llevaba un vistoso uniforme con muchos entorchados, bandas y galones.

—Entre los armamentos que vamos a introducir—dijo el ministro de la Guerra—, figura el cepo. Con unas cuantas baterías de cepos podremos causar muchas bajas al enemigo y sobre todo hacer muchos prisioneros. De este armamento se encargarán las fuerzas del general Conejo.

El aludido se puso de pie y saludó militarmente lleno de satisfacción al ver la distinción de que era objeto.

A continuación detalló el ministro las demás novedades que tenía en proyecto, y de las cuales nos ocuparemos en capítulos sucesivos, y se dió por terminado el consejo.

CAPÍTULO VIII

GRANDES MANIOBRAS

El Estado Mayor Central de Animalia era activísimo, y en pocos días todo quedó reformado, organizado y dispuesto. Sólo faltaba probar la bondad del sistema, y con este fin se dispusieron unas grandes maniobras militares.

Muy de mañana, porque en los cuarteles se madruga mucho, comenzaron a salir las tropas, pero durante la noche se había puesto en campaña el cuerpo de ceperos que, según lo dispuesto por el ministro, lo constituían los regimientos de conejos con el general don Conejiano a la cabeza.

Los cepos eran de todas clases y tamaños. Los pequeños se llevaban a hombros y los grandes en camiones automóviles contruídos expresamente.

El cuerpo de ceperos tenía que disponer

sus baterías con arreglo a un supuesto táctico y comenzó su tarea de colocar los cepos.

Pero los conejos es gente muy atropellada y muy nerviosa y por más que los oficiales se multiplicaban dando chillidos y pegando mordiscos a las tropas, los conejos no daban pie con bola y se les disparaban los cepos apresándoles a ellos mismos.

La operación de la colocación de cepos causó dos mil quinientas catorce bajas en las fuerzas conejiles, la mayoría por rotura de las patas. También hubo muchos conejos que se quedaron sin orejas y no pocos que perdieron hasta la cabeza, lo cual obligó a ponerse en campaña a la Cruz Roja, servicio encomendado a los perros de lanas que son los más inteligentes.

Cuando llegó don Gallo montado en un fogoso carnero a dar un vistazo al campo antes de que llegasen las demás tropas, se llevó una desagradable sorpresa, porque en vez de encontrarse las cosas como en período preparatorio de la batalla se las encontró como si se hubiera batido el cobre con el mayor encarnizamiento. Los ca-

milleros y los furgones sanitarios no cesaban de retirar heridos... El armamento de cepos había sido un fracaso.



Cuando llegó don Gallo montado en un fogoso carnero... (Pág. 51.)

Lleno de indignación, don Gallo echó pie a tierra mandando llamar al general

Conejo, el cual se presentó con las orejas gachas y con más miedo que si tuviera que habérselas con una jauría de galgos.

—¡Esto es intolerable! Yo creía que las tropas conejiles eran más inteligentes—gritaba el ministro de la Guerra—. ¡Me río yo de los conejos! ¡Está visto que no sirven sino para correr cuando ven venir algún perro y que no son buenos más que para guisarlos, bien con arroz, bien con tomate!... ¿Qué puede decirse de un ejército que se deja coger en sus propias trampas? Sólo podemos decir que los soldados son unos mentecatos, que la oficialidad es idiota y que el general es tonto de capirote y que el ministro de la Guerra... ¡Ay!... ¡ay!...

—¿Qué le pasa, señor ministro?—se atrevió a preguntar el general Conejiano.

—¡Ay!... ¡ay!...

El pobre don Gallo, en su indignación, había metido las patas en un cepo y el cepo se había disparado cogiéndole prisionero.

A los gritos del ministro acudió la Cruz Roja y lo sacó del atranco con un espolón torcido y el otro a medio torcer.

—¡Ay!.. ¡ay!...—seguía quejándose don Gallo—. ¡Que fusilen inmediatamente



El pobre don Gallo, en su indignación, había metido las patas en un cepo. (Pág. 52.)

te al general Conejiano! Aunque me duelen mucho los espolones, presidiré yo mismo el consejo de guerra.

Y se formó el consejo de guerra. Lo constituyeron tres oficiales del cuerpo de sabuesos que, con su odio tradicional a los conejos, no tardaron tres minutos en fallar que debían condenar y condenaban a ser pasado por las armas al general Conejiano por falta probada de aptitudes.

Diez minutos después se formaba el cuadro, compuesto por un gato, un perro, un zorro y una rata, y de la primera descarga dejaban muerto al ilustre general del cuerpo de ceperos. La ejecución fué presenciada por tropas de las diversas armas.

El fracaso de los cepos obligó a cambiar de terreno para las maniobras, mas no por eso dejó de acompañar la mala suerte al pobre don Gallo, ministro de la Guerra.

El ejército de los gatos llevaba cañones que disparaban granos de trigo envenenado. Estos proyectiles tenían que emplearse contra las ratas enemigas, pero no en las maniobras, porque allí no había enemigos, y como además el Estado Mayor Central conservaba el secreto de las innovaciones introducidas en el armamento, nadie estaba apercebido, razón por

la cual al caer los granos envenenados al alcance de los batallones de ratas y de gallinas creyeron que aquello era una merienda que les llovía del cielo y se dieron un atracón... No hay que decir que reventaron todas.

El pobre don Gallo se arrancaba las plumas y se arañaba la cresta al ver que había causado en las filas más desastres que el enemigo más terrible, y salió al galope seguido de sus ayudantes para presentar la dimisión del cargo y vestirse de luto, porque en los batallones de gallinas tenía numerosos parientes, que habían perecido envenenados.

Las maniobras tuvieron que suspenderse y los ejércitos regresaron a sus cuarteles.

El consejo de ministros acordó el mismo día conceder la Gran Pluma de Honor al ministro don Gallo por su señalado triunfo como general reformista.

Todo el ministerio estaba de acuerdo en reconocer lo eficaz del sistema ideado, porque según decían, si en vez de haber sido amigos los muertos, el combate se

hubiera verificado entre verdaderos enemigos, el éxito del armamento habría pasado a la historia de Animalia.

CAPITULO IX

DON MONO REPARTE HONORES

Don Mono, el ministro de Gracia y Justicia, se las prometía felices. Esperaba hacer muchas amistades en aquel ministerio dedicado exclusivamente a dispensar mercedes y a la administración de la justicia.

Recordando que entre los hombres eran muy apreciadas las condecoraciones, comprendió desde luego que era preciso subsanar aquella omisión en el Estado de Animalia donde no había ninguna.

Para premiar los méritos de las caballerías distinguidas implantó la cincha de honor y mérito, que consistía en una cincha de moaré con hebillas doradas y un letrero que decía : «A los grandes animales».

Para los perros, los toros, las vacas y demás razas acostumbradas a usar collar

cuando se hallaban esclavizadas por el hombre, creó el Gran Collar de Animalia, con cascabeles, campanillas o cencerro de oro, según el personaje a quien se destinase.

También creó la Orden de la Herradura, la del Gran Bozal y la del Bocado Exquisito, destinada exclusivamente esta última a los caballos de noble estirpe.

Y una vez creado todo esto se frotó las cuatro manos y preparó una lista de personajes a quienes podía condecorárseles.

Pero el pobre don Mono no tuvo necesidad de ir a buscar a nadie, porque apenas se supo lo que pensaba hacer comenzaron a afluir animales de todas clases solicitando gracias. Había momentos en que el despacho y el antedespacho del señor ministro parecían una dehesa, porque estaban atestados de toros y bueyes que acudían en solicitud del Collar del Cencerro, entablando enconadas discusiones sobre quienes tenían mayor derecho a la preciada condecoración, y generalmente tales discusiones terminaban a cornada limpia.

Don Mono pasaba malísimos ratos por-

que temía que le tocasse algo de aquel reparto de golpes a él que sólo había pensado en repartir mercedes y echaba muy de menos la independendencia de la selva donde había pasado la niñez haciendo monadas en las copas de los árboles.

En lo tocante a la justicia no le fué mucho mejor. El pobre don Mono se figuraba que con poner magistrados rectos y severos cumplidores de las leyes todo iba a marchar a pedir de boca, pero se llevó un chasco mucho mayor que el de las condecoraciones. Las cosas estaban de tal manera, que no se consideraban satisfechos ni los litigantes, ni los jueces, ni los abogados, ni los procuradores, ni los escribanos, ni los alguaciles. Unos ganaban poco, otros perdían los pleitos contra toda razón, y otros ganaban demasiado.

Don Mono no podía explicarse aquel estado de cosas, hasta que le abrió los ojos un pobre caracol, que había perdido la casa en un pleito con una babosa enemiga suya.

El secreto de aquel desbarajuste era que en Animalia se habían preocupado de poner administradores de la justicia, pero no

habían pensado en hacer leyes, y como no había códigos, cada cual interpretaba la justicia a medida de sus narices y ganaba siempre el que más influencia tenía.

—En ese caso—dijo don Mono muy extrañado—, estamos lo mismo que los hombres a quienes detesto, y como yo no puedo tolerar injusticias, presento mi dimisión y me voy con la música a otra parte.

Pero sus compañeros consideraron muy inoportuna la crisis y le obligaron a quedarse en el ministerio diciéndole que no se ocupase más que de rascarse las pulgas que le tenían bastante molesto y que además le servían de entretenimiento.

CAPÍTULO X

LAS FUERZAS NAVALES

Don Gato estaba dispuesto a ser un buen ministro de Marina, pero no sabía por dónde empezar, y además le inspiraba profundo horror el agua, tanto, que muchas veces, casi siempre, no bebía agua,

sino aguardiente y así resultaba que, siendo gato, estaba amonado de continuo.

Pero así son las cosas. Este personaje



Todos los días se presentaba en el ministerio con su espléndido uniforme... (Pág. 62.)

que tanto odiaba al agua se parecía por los peces, y desde que era ministro, todos

los días comía peces, por la mañana, por la tarde y por la noche.

Comiendo peces y bebiendo aguardiente se sentía más marino que Cristóbal Colón, pero en cuanto a embarcarse... ¡miau! Diciendo que tenía reuma y que se mareaba, iba librándose de visitar los puertos de la nación.

Todos los días se presentaba en el ministerio con su espléndido uniforme de almirante y daba órdenes y tomaba acuerdos con la misma energía que si fuera un lobo de mar.

El estado de la marina en Animalia no podía ser más precario : no había un solo barco. Don Gato decidió organizar unas fuerzas navales poderosísimas sin gastar una peseta en construcciones navales. Su ingenio gatuno le ofrecía la resolución del problema de poseer marina sin un mal bote. El sistema era todo lo sencillo que vais a ver.

Organizó un cuerpo de gaviotas con el título de Correo Aéreo Naval, y todos los días llegaban al ministerio dos gaviotas de cada uno de los principales puertos pa-

ra recoger las órdenes ministeriales y llevarlas a los apostaderos.

Por medio de las gaviotas del Correo



...al ver pegados en las rocas submarinas unos grandes cartelones... (Pág. 64).

Aéreo Naval el ministro se puso en relaciones con diversas ballenas, que por su

respetabilidad y su enorme tamaño podían servir a la vez de almirantes y de acorazados, y una buena mañana los peces de todas las aguas jurisdiccionales se quedaron sorprendidos al ver pegados en las rocas submarinas unos grandes cartelones que decían :

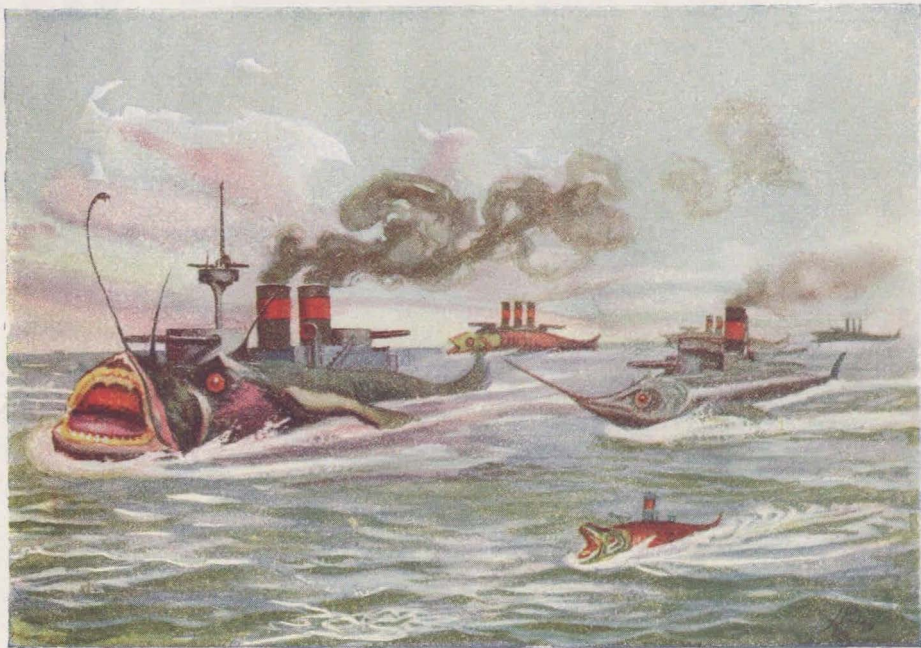
DON GATO MICIFUZ Y MININO, MAR-
QUÉS DE LA CORDILLA, CONDE DE
RATÓN, MINISTRO DE MARINA DEL
ESTADO DE ANIMALIA,

ORDENO Y MANDO :

Artículo 1.º Todos los animales acuáticos nacidos en las aguas jurisdiccionales del Estado de Animalia se presentarán en el Apostadero más cercano para proceder a su alistamiento militar.

Art. 2.º Los que dejaren de presentarse en el término de una semana serán puestos en seco para que se asfixien.

EL MINISTRO DE MARINA.



Cincuenta ballenas hacían las veces de acorazados de combate, los peces-espadas eran los cruceros protegidos... (Pág. 67.)

El bando provocó muchos y muy diversos comentarios.

—¡ Quieren que entremos en quintas !— murmuraban los miembros de una numerosa familia de percebes que vivía asida a una roca.

—Lo que es yo no sé cómo voy a acudir al alistamiento—dijo una lapa—. Si me despego de esta roca me quedo coja. Es una ventaja no tener más que una concha, porque así calculo que me declararán inútil para el servicio militar, y me congratulo de ello porque soy muy pacífica.

—Pues yo lo deploro—replicó otra lapa—. Quisiera ser almeja u ostra.

—Pero, ¿ de qué van a servir las almejas y las ostras como soldados ?

—De mucho. ¡ Pues, ni poco que pueden molestar al enemigo tirándole pellizcos ! Y además formarán un excelente cuerpo de coraceros.

—Sí, pero demasiado pequeños—replicó un boquerón que pasaba por allí.

—¡ Adiós, señor gigante ! — contestó burlescamente una esponja que se pasaba el día bebiendo agua.

Los tiburones y los peces-espadas leían

con avidez el bando porque les encantaba pertenecer al ejército, dado su carácter acometedor, y fueron los primeros en acudir a las oficinas de reclutamiento.

En cada una de estas oficinas habían puesto las ballenas cuatro congrios para efectuar las inscripciones, la talla y las filiaciones de los reclutas.

Las ballenas habían considerado a los congrios como los más idóneos para estos menesteres por ser los que mejor manejaban la pluma entre todos los habitantes de los procelosos mares, porque habéis de saber que allí casi todos los congrios y no pocos besugos son entusiastas cultivadores de la literatura moderna marítima.

Y bien necesitaban ser largos de pluma los tales congrios, porque los habitantes del mar son muy guerreros y acudían en número incalculable a inscribirse.

Los pobres congrios se veían tan abrumados, que pidieron aumento de sueldo y aumento de personal, y las ballenas se apresuraron a concederles ambas cosas. El ascenso fué de siete conchas diarias, que en aquella región constituyen la moneda corriente. En cuanto a personal pu-

sieron en cada oficina diez meros muy espabilados. A éstos se les asignó un sueldo modesto porque no entendían de pluma y eran meros ayudantes de los congrios escribientes.

Por cierto que las ballenas sudaron grasa para salir de los compromisos, pues les llovían las cartas de recomendación de todos los personajes políticos solicitando plazas para infinidad de congrios, meros, besugos y lenguados, paniaguados suyos, porque esto de los paniaguados es epidemia tan difundida en el mar como en la tierra.

De esta suerte, en muy poco tiempo quedaron constituídas las fuerzas navales.

Cincuenta ballenas hacían las veces de acorazados de combate, los peces-espadas eran los cruceros protegidos, los tiburones eran cruceros de primera clase y los delfines ejercían de cazatorpederos.

En los submarinos no hubo que pensar, puesto que todos eran sumergibles perfectos, pero sí se organizó un cuerpo de hidroaviones compuesto de peces voladores.

Daba gusto ver las escuadras navegan-

do en perfecto orden de combate, pero don Gato no consintió moverse de su ministerio, porque hablarle del agua y sentir dolores reumáticos era todo uno, y mientras los demás empleados del ministerio disfrutaban lo indecible presenciando las maniobras navales, el ministro metidito en su despacho se lavaba la cara con las manitas y se lamía el cuerpo pensando :

—¡ No sé para qué hará falta el agua ! Yo estoy siempre escrupulosamente limpio y no la he usado jamás. Voy a tomar un poquito de cordilla con una copita de aguardiente y... ¡ Viva la marina de Animalia !

CAPITULO XI

LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS

El Estado de Animalia sostenía amistosas relaciones con todos los países fronterizos gracias a la acertada política de don

Loro, que sabía lucir su talento tanto como su magnífico uniforme verde.

En todas las grandes potencias había un loro embajador de Animalia, y las grandes potencias, a su vez, habían enviado a Animalia un embajador de categoría igual, por lo que el cuerpo diplomático del venturoso país de que venimos hablando, se componía por completo de loros de los más charlatanes y de los mejores políglotas del mundo.

La vida de estos señores diplomáticos no podía ser más agradable : Siempre estaban de tertulia y de banqueteo, pues cuando no convidaba uno, convidaba otro.

Don Loro, el ministro de Estado, vivía en sus glorias, porque como tenía que obsequiar a los representantes extranjeros, el Estado le entregaba mensualmente una fuerte cantidad para gastos de representación.

Considerando que de un estómago complacido se pueden esperar muchas cosas, lo primero que buscó don Loro fué un buen cocinero y lo encontró en un gato que por haber pertenecido a la cocina de

una de las casas más ricas del país de los hombres, conocía al dedillo el arte culinario.

El maíz, el plato predilecto de los loros, sabía prepararlo de setenta y dos maneras distintas, como por ejemplo : maíz al gratin, maíz a la *papillotte*, maíz salteado, maíz a la americana, maíz a la rusa, maíz a la cafre, maíz a la hotentota, maíz a la funerala y maíz al natural. Este plato era el que mejor le salía.

El personal de la cocina del ministerio de Estado era numerosísimo. El gato jefe tenía a sus órdenes nueve gatos cocineros de primera, doce gatos ayudantes y una porción de pinches y marmitones.

Como decíamos más arriba, las relaciones diplomáticas eran cordialísimas y todo hacía confiar en una paz duradera, pero el equilibrio se rompió inesperadamente en uno de los ya mencionados banquetes.

Aquel día, día aciago para la nación, se sentaban a la mesa de don Loro siete embajadores con sus respectivas señoras, co-torras muy respetables y parlanchinas, y en el curso de la comida se sirvió un plato

de maíz relleno de lo mismo que hacía las delicias de los comensales, pero en mal



El personal de la cocina del ministerio de Estado era numerosísimo. (Pág. 70.)

hora se le ocurrió a la cotorra esposa del embajador de Bestiania decir a modo de comentario al loro que se sentaba a su de-

recha y que ostentaba la representación diplomática de Borricalia :

—¡ Que maíz más exquisito ! En Borricalia no se cría una especie tan buena como ésta, ¿ verdad, señor embajador ?

—Hoy por hoy, no, señora, pero dentro de un año tendré el gusto de invitarla a comerlo en mi casa de Borricalia y verá cómo entonces lo tenemos en mi país tan bueno como éste.

Este breve coloquio, que al parecer no tenía la más pequeña importancia, trajo consecuencias políticas trascendentales.

Las palabras de la embajadora habían picado el amor propio del embajador de Borricalia, y para las naciones no hay cosa peor que los embajadores se sientan picados en cualquier parte, sea en la calva, sea en el amor propio.

Durante la velada, el representante de Borricalia estuvo más fino que nunca con todos sus compañeros, pero su corvo pico susurraba palabras de amenaza, y cuando se hubo retirado a su domicilio dejó que se acostase sola su señora, la cotorra, y él se fué a trabajar a su despacho.

A la mañana siguiente salía un emisa-

rio con una valija oficial para el Gobierno de su país... ¿Qué decían los pliegos que contenía? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que a los pocos días recibía el embajador un telegrama cifrado y presentaba una nota diplomática a don Loro como ministro de Estado de Animalia, exigiendo al país una reparación por poseer maizales mejores que los de Borricalia.

El consejo de ministros que se reunió al recibir la nota comenzó por reconocer que no se podían tolerar imposiciones de ningún país extranjero, pero a continuación don Asno rebuznó un discurso, proponiendo que se enviara a Borricalia simiente del maíz de Animalia, tratando de contemporizar las cosas, pero don Gallo lanzó un ¡Ki-ki-ri-kí! enérgico y dijo que no había más remedio que ir a la guerra.

El ministro de Hacienda, el prudentísimo don Mono, que se había gastado los pocos cuartos que había en el Tesoro en poner uniformes a todos los empleados, porque los monos tienen debilidad por los trajes de colores vistosos y llamativos, dijo, dando pruebas de su conocimiento de

la vida internacional, que para hacer la guerra hacían falta tres cosas : Dinero, dinero y dinero, y que la Hacienda pública no tenía ninguna de las tres.

—No, señores, no, no tenemos dinero—añadió enérgicamente—. No tenemos dinero.

Don Lirón, que se había quedado dormido como de costumbre, al oír entre sueños gritar : «¡ No tenemos dinero !», creyó que los ministros se habían puesto a jugar al «Alimón» y contestó, saliendo a medias de su sopor :

—Nosotros lo tenemos.

—¿ De qué es ese dinero ?—preguntaron todos a una.

—¡ De cáscaras de huevo !—contestó don Lirón, siempre creyendo que se trataba del juego del «Alimón» y no de una cosa tan seria como la guerra.

—¡ De eso será el dinero de este país !—exclamó, iracundo, don Gallo—. ¡ De los cascarones de los huevos que ponen mis gallinas y que todas las noches me roba el señor ministro de Hacienda, que es un zorro más grande que un elefante !

—Todas las comparaciones son odiosas

—terció don Elefante dándose por aludido y dando un trompazo sobre la mesa—,



y no puedo tolerar burradas como las que acaba de decir don Gallo.

—Si hay aquí alguien que diga burra-

das—objetó don Asno ofendido—soy yo, pero mis burradas chorrean sabiduría. No porque don Elefante sea el animal más grande de todos los presentes he de permitirle que abuse de nosotros.

—Yo seré el animal más grande, como dice usted muy bien—replicó don Elefante con testarudez—, pero usted es un perfecto asno.

—¡Mal educado!

—¡Pollino!

—¡Gurrumiau!

—Ki-ki-ri-kí.

Y en este punto terminó el consejo y el Gobierno de Animalia, porque llevados de su indiscreción el gallo picaba al mono, el mono arañaba al asno, el asno pegaba coces al zorro, el zorro tiraba dentelladas al loro, y al cabo de cinco minutos no quedaba vivo más que don Elefante. Sus compañeros yacían muertos a trompazos, y don Elefante, asustado de su obra destructora, huía a la selva.

Cuando entraron los empleados del ministerio a recoger los cadáveres encontraron a don Lirón durmiendo debajo de un



...el gallo picaba al mono, el mono arañaba al asno, el asno pegaba coces al zorro... (Pág. 76.)

sofá y a don Topo escondido en un agujero de la pared. Eran los únicos que se habían salvado de las iras de don Elefante.

*

* *

Falto de Gobierno, el Estado de Anima-

lia cayó en la mayor anarquía, y finalmente fué conquistado por el reino de los hombres. Desde entonces no ha vuelto a recobrar su independencia.

FIN



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimós de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. ~~Por~~ mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.